

los de patadas; pero él imponía respeto á todos, y no solo hacia guardar silencio con su presencia sino tambien renacer la alegría algunas veces. No querian los soldados echarle la culpa de sus padecimientos sino que la tomaban contra los que parecian tener mucho gusto en observar el pais. Al ver que los sábios se paraban para examinar las menores ruinas decian que solo les habian traído para que ellos se divertiesen y se vengaban con dirigirles algunos dichitos á su manera; sobre todo Caffarelli que era valiente como un granadero y curioso como un erudito pasaba á sus ojos por ser el que habia engañado al general y llevádole á aquellos paises lejanos. Como el pobre habia perdido una pierna en el Rhin decian: *¿Qué cuidado se le dá á ese cuando siempre tiene un pie en Francia?* Sin embargo despues de crueles padecimientos soportados al principio con mal humor y despues con alegría y ánimo, llegaron por fin á las orillas del Nilo el dia 10 de julio, despues de haber caminado cuatro dias. A la vista del río y de aquellas aguas tan deseadas, se precipitaron los soldados en él y bañándose en sus olas, olvidaron todas sus fatigas. La division de Dessaix que desde la vanguardia habia pasado á la retaguardia, vió galopar delante de ella dos ó trescientos Mamelucos á quienes dispersó con algunos tiros de metralla, y siendo estos los primeros que

se hubiesen dejado ver, anunciaban el próximo encuentro del ejército enemigo. En efecto habiendo sido advertido el valiente bey Amurates estaba reuniendo sus fuerzas al rededor del Cairo y entretanto que le llegaban andaba escaramuceando con unos mil caballos al rededor de nuestro ejército para observar su marcha.

Aguardó el ejército en Ramanieh la llegada de la flotilla, descansando allí hasta el dia 13 de julio y en aquel mismo dia salió para Chebreiss donde nos esperaba el bey Amurates con sus Mamelucos. La flotilla que habia salido primero y se anticipó al ejército, se halló comprometida antes de que nadie pudiera socorrerla, y Amurates tenia otra compuesta de *djermes*, que son unos buques lijeros egipcios, cuyos fuegos se reunian con los que él hacia desde la orilla. Tuvo la flotilla que sostener un combate muy áspero, en que desplegó un valor extraordinario el oficial de marina Perrée³ que la mandaba apoyado con los soldados de caballería que habian venido desmontados á Egipto, esperando equiparse á costa de los Mamelucos y eran trasportados por agua. Se apresaron dos lanchas cañoneras del enemigo y se le rechazó en el momento en que llegaba el ejército compuesto de cinco divisiones. No habia este combatido nunca contra unos enemigos tan singulares, y era necesario oponer á la rapidez é im-

petu de los caballos y á los sablazos, la inmovilidad propia del soldado de infanteria, su larga bayoneta, y las masas haciendo frente por todos lados. Formó Bonaparte sus cinco divisiones en cinco cuadros en medio de los cuales colocó los bagages y el estado mayor y la artilleria en los ángulos, flanqueándose las cinco divisiones unas á otras. Lanzó Amurates contra aquellas ciudadelas ambulantes mil ó mil y doscientos caballos intrépidos, que precipitándose á gritos y á todo galope, descargando sus pistolas y desembainando sus temibles sables, vinieron á arrojarse sobre las frentes de los cuadros. Mas encontrando en todas partes un ballado de bayonetas y un fuego terrible vacilaban al rededor de las filas francesas, donde caian muertos ó se escapaban por la llanura con toda la rapidez de sus caballos. Amurates despues de haber perdido dos ó trescientos de sus mas valientes caballeros se retiró para apoderarse de la cima del Delta, é ir á esperarnos á la altura del Cairo al frente de todas sus fuerzas.

Bastó aquel combate para familiarizar al ejército con aquel nuevo género de enemigos, y para sujerir á Bonaparte la táctica que era necesario emplear con ellos. Encaminóse hácia el Cairo estando la flotilla á la altura del ejército y no se cesó de andar en los días siguientes, teniendo los soldados que sufrir nuevos padecimientos, pero á

lo menos iban por la orilla del Nilo y podian bañarse en él todas las tardes. La vista del enemigo habia echo renacer en ellos todo su ardor, y dice Bonaparte que aquellos soldados, ya un poco disgustados de las fatigas, como sucede siempre cuando se ha adquirido bastante gloria, siempre los encontró admirables al fuego. Durante las marchas solia suscitarse el mal humor y tras del mal humor las chanzonetas, principiando ya los sabios á inspirar mucho respeto por el valor que se les veia desplegar, y particularmente á Monge y á Berthollet, que se portaron heroicamente en la flotilla. Al mismo tiempo que los soldados no les economizaban sus chanzas tenian con ellos las mayores consideraciones, pero al ver que no acababa de parecer aquella famosa capital del Cairo tan ponderada como una de las maravillas del Oriente, decian que era mentira, que no habia semejante capital, ó que seria alguna vicoca como Damanhour ó alguna porcion de barracas, repitiendo que habian engañado al pobre general, el cual se habia dejado deportar como un inocente él y sus compañeros de gloria. Por las tardes cuando descansaban, los soldados que habian leído ó oido contar los cuentos de las Mil y una noches, se las repetian á sus camaradas, en las cuales se prometen palacios magníficos todos resplandecientes de oro y plata. Pero entre tanto se carecia de pan, no porque fal-

tase trigo, que estaba abundantísimo, sino por no haber ni molinos ni hornos. Se comían lentejas, pichones y una especie de melon esquisito, conocido en los países meridionales con el nombre de sandía (*pasteque*) y los soldados le llamaban santa sandía (*sainte pasteque*).

Iban acercándose al Cairo donde había de darse la batalla decisiva, pues Amurates había reunido allí por lo menos 10 mil Mamelucos, servidos por doble número de Fellahs á quienes dieron armas y obligaron á batirse detrás de los atrincheramientos. Se habían reunido también algunos miles de Jenizaros ó Spahis dependientes del bajá, que á pesar de la carta de Bonaparte se había inclinado al partido de sus opresores. Hizo Amurates sus preparativos de defensa en las orillas del Nilo, á cuya orilla derecha está situada la gran capital del Cairo, y así había colocado Amurates su campo en la izquierda en una estensa llanura entre el Nilo y las Pirámides de Giseh, que son las más altas de Egipto. Sus disposiciones eran las siguientes. Había junto al río una aldea bastante grande llamada Embabeh, y había mandado Amurates hacer algunas obras muy mal concebidas á la turca, que era una especie de ramal que rodeaba la cerca del pueblo y unas baterías inmóviles con los cañones sin cureñas, de suerte que era imposible moverlos, y á esto se reducía el campo retrinche-

rado de Amurates. Allí había colocado sus 24 mil Fellahs y Jenizaros para que se batieran con la tenacidad habitual á los Turcos cuando están detrás de murallas. Aquella aldea atrincherada y apoyada en el río formaba su derecha, y los Mamelucos en número de 10 mil se extendían por la llanura entre el río y las Pirámides. A estos se agregaban unos mil caballos árabes, que no eran auxiliares de los Mamelucos sino para saquear y degollar en caso de haber victoria, los cuales ocupaban el espacio que había entre las Pirámides y los Mamelucos. El compañero de Amurates Ibrahim, que era menos belicoso y valiente que él, estaba al otro lado del río con unos mil Mamelucos, las mugeres, los esclavos y el tesoro, prontos á salir del Cairo y refugiarse á la Siria si los Franceses saliesen vitoriosos. Cubrían el Nilo una multitud de *djermes* en que estaban la mayor parte de las riquezas de los Mamelucos, y en este orden estuvieron esperando á Bonaparte los dos beis.

Antes del amanecer del 21 de julio se puso en marcha el ejército francés, sabiendo muy bien que iba á avistar el Cairo y encontrar al enemigo; y en efecto al despuntar el día vió á su izquierda del otro lado del río los altos *minarettes* de aquella gran capital, y á su derecha en el desierto las gigantescas Pirámides doradas por el sol. Al ver aquellos monumentos se detuvo todo el ejército

sorprendido de curiosidad y admiracion, y en el semblante de Bonaparte se pintaba todo su entusiasmo poniéndose á galopar delante de las filas de los soldados y mostrándoles con el dedo las Pirámides les decia: *Pensad, pensad que desde lo alto de aquellas Pirámides os están contemplando 40 siglos.* Avanzaron con paso rápido y segun iban adelantando parecian mas altos los minaretes y mas grandiosas las Pirámides y ya se veia hormigear aquella multitud que defendia á Embabeh, y centellear las armas de los diez mil caballeros brillantes de acero y oro que formaban una línea inmensa. Inmediatamente dió Bonaparte sus disposiciones dividiendo el ejército en cinco trozos como en Chebreiss; á saber: las divisiones Dessaix y Regnier formaban la derecha hácia el desierto; la de Dugüa, el centro, las de Menou y Bon formaban la izquierda en las orillas del Nilo. Bonaparte que desde el combate de Chebreiss habia formado idea del terreno y del enemigo, arregló sus movimientos conforme lo exigia el caso, formando un cuadro de cada division, y cada cuadro en seis hileras. Detras estaban las compañías de granaderos formadas en pelotones y prontas á reforzar los puntos de ataque. La artillería en los ángulos, y los bagages y generales en el centro. Ibanse moviendo aquellos cuadros, y cuando se movian marchaban dos de sus lados sobre el flanco, debiendo pa-



BATALLA DE LAS PYRAMIDES.

rarse cuando se veian cargados para hacer frente por todos los costados. Despues quando querian tomar alguna posicion, debian separarse las primeras filas para formar columnas de ataque, mientras que las otras permaneciesen detras formando siempre su cuadro aunque solo con tres hombres de fondo, estando prontas á recoger las columnas de ataque. Estas fueron las disposiciones mandadas por Bonaparte, el cual temia que sus impetuosos soldados de Italia acostumbrados á marchar al paso de carga no se aviniesen bien con aquella impasible inmovilidad de las murallas, y asi tuvo gran cuidado en prepararlos á ella. Sobre todo se les dió orden de no apresurarse á disparar, sino que aguardasen friamente al enemigo y no hiciesen fuego sino á quema ropa.

Asi se fue avanzando hasta tiro de cañon, y Bonaparte que estaba en el cuadro del centro formado por la division Dugüa, se enteró con un anteojo del estado del campo de Embabeh, y vió que no estando la artillería sobre cureñas de campaña no podria dirigirse á la llanura, y que el enemigo no saldria de sus atrincheramientos. Esta prevision fue la que le sirvió de base para sus ulteriores movimientos, y resolvió apoyarse con sus divisiones sobre la derecha, es decir, sobre el cuerpo de los Mamelucos, circulando fuera del alcance del cañon de Embabeh. Era su intencion separar

á los Mamelucos del campo atrincherado, envolverlos y empujarlos hácia el Nilo, sin atacar á Embabeh hasta despues de haberse deshecho de ellos, pues no le seria difícil en tal caso dar cuenta de aquella multitud que hormigueaba detras del campo.

Inmediatamente dió la señal, y Dessaix que formaba la estrema derecha, fue el primero que se puso en marcha. Despues se siguió el cuadro de Regnier y luego el de Dugüa donde estaba Bonaparte, mientras que los otros dos circulaban al rededor de Embabeh fuera del alcance del cañon. Amurates que aunque sin instruccion era hombre de mucho carácter y de vista penetrante, al instante conoció la intencion de su adversario y resolvió cargarle durante aquel movimiento decisivo. Dejó 2000 Mamelucos para apoyar á Embabeh, y se precipitó con los restantes sobre los dos cuadros de la derecha. Comprometido el de Dessaix entre unos palmeros, no estaba todavia formado cuando le atacaron los primeros caballeros, pero se formó inmediatamente y estuvo pronto á recibir la carga. Es una masa enorme la que forman 8 mil caballos galopando á un tiempo en una llanura, y ellos se precipitaron con ímpetu extraordinario sobre la division de Dessaix. Nuestros valientes soldados tan frios entonces como fogosos habian sido en otras ocasio-

nes los esperaron con calma y los recibieron con un fuego horrible de fusileria y metralla, que les hizo pararse por el pronto y ponerse á galopar al rededor de aquella ciudadela inflamada. Algunos de los mas bravos se arrojaron hasta las bayonetas y torciendo sus caballos y echándolos sobre nuestros infantes, consiguieron abrir brecha y vinieron á espirar treinta ó cuarenta de ellos á los pies de Dessaix en el centro mismo del cuadro. Torciendo brida la masa, se arrojó desde el cuadro de Dessaix sobre el de Regnier que era el que se seguia, y habiéndose encontrado con el mismo fuego volvió hácia el punto de donde habia partido, pero se encontró á la espalda con la division de Dugüa que Bonaparte habia llevado hácia el Nilo y los puso en una derrota completa. Entonces ya la huida se convirtió en desórden escapándose una parte de los fugitivos hácia nuestra derecha por el lado de las Pirámides, y otra pasando bajo el fuego de Dugüa, se fue á meter en Embabeh donde introdujo la confusion. Desde aquel instante se desordenó todo el campo atrincherado, y apenas lo notó Bonaparte cuando mandó á sus dos divisiones de la izquierda que se aproximasen y se apoderasen de él. Avanzaron Bon y Menou á pesar el fuego de los atrincheramientos, y cuando llegaron á cierta distancia hicieron alto para que se redoblasen los cuadros, y se formasen las pri-

meras filas en columnas de ataque mientras que las otras permanecieron en cuadro, figurando siempre unas verdaderas ciudadelas. Pero, en el mismo instante, así los Mamelucos que habia dejado Amurates en Embabeh como los que se habian refugiado allí quisieron prevenirnos y cargaron sobre nuestras columnas de ataque mientras que éstas estaban en marcha. Pero parándose ellas inmediatamente y formándose en cuadro con la mayor rapidez, los recibieron con firmeza y mataron un gran número. Los unos se volvieron á Embabeh, donde llegó á su colmo el desorden, y los otros huyendo por la llanura entre el Nilo y nuestra derecha, perecieron por las balas ó cayeron en el rio. Abordaron entonces sobre Embabeh las columnas de ataque y apoderándose de él, echaron al rio aquella multitud de Fellahs y de Jenizaros, ahogándose muchos de ellos, pero como los Egipcios son excelentes nadadores, consiguió salvarse la mayor parte. Estaba concluida la jornada, y los Arabes que estaban cerca de las Pirámides aguardando una victoria se internaron en el desierto. Amurates con los restos de su caballeria y el rostro ensangrentado se retiró hácia el alto Egipto, mientras que Ibrahim, que contemplaba desde la otra orilla aquel desastre, se internó hácia Belbeys para retirarse á Siria. Los Mamelucos pegaron fuego al instante á los *djermes*

donde llevaban sus riquezas privándonos de aquella presa, y nuestros soldados estuvieron viendo toda la noche arder aquel rico botin.

Colocó Bonaparte su cuartel general en Giseh, en las orillas del Nilo, donde el bey Amurates tenia una soberbia habitacion, y se encontraron considerables provisiones tanto en Giseh como en Embabeh con que nuestros soldados pudieron indemnizarse de sus largas privaciones. Allí encontraron en los jardines de Giseh viñas cubiertas de excelentes racimos que no tardaron en quedar vendimiadas; pero en el campo de batalla encontraron otra especie de botin que consistia en chales magníficos, ricas armas, caballos y bolsas en que habia hasta 200 y 300 piezas de oro, porque los Mamelucos acostumbran llevar consigo sus riquezas. Pasaron la tarde, noche y mañana siguiente en recoger aquellos despojos, pues habian muerto de quinientos á seiscientos Mamelucos, y mas de mil se habian ahogado en el Nilo. Pusieronse los soldados á pescarlos para coger lo que tenian, y emplearon muchos dias en este género de ocupacion.

Apenas nos habia costado aquella batalla un centenar de hombres entre muertos y heridos, porque así como es terrible la derrota cuando se penetran los cuadros, así tambien es nula la pérdida cuando quedan vitoriosos. Los Mamelucos

habian perdido la flor de sus caballerós por el fuego ó por las olas, quedando sus fuerzas dispersadas, y segura nuestra posesion del Cairo. Aquella capital se hallaba en un desórden espantoso, porque tenia una poblacion de mas de 300 mil habitantes, con un populacho feroz y embrutecido, que se entregaba á todo género de excesos y queria aprovecharse del tumulto para saquear los ricos palacios de los beys. Por desgracia no habia remontado todavia el Nilo la flotilla francesa, y no teniamos medios para atravesarle y tomar posesion del Cairo. Vinieron de allí algunos comerciantes franceses enviados por los Scheiks para tratar con Bonaparte de la ocupacion de la ciudad. Pudo facilitar algunos *djermes* para enviar un destacamento que restableció la tranquilidad y puso las personas y propiedades al abrigo de los furios del populacho, y al dia siguiente entró en el Cairo y fue á tomar posesion del palacio del bey Amurates.

Apenas se estableció allí cuando se apresuró á emplear la misma política que habia observado en Alejandria, y debia ganarle la inclinacion del pais. Visitó á los principales Scheiks, los acarició mucho y les dió esperanzas de restablecer el dominio árabe, prometiéndoles la conservacion de su culto y de sus costumbres, logrando atraerles completamente con una mezcla de agasajos y fra-

ses imponentes tomadas del estilo oriental. Lo esencial era conseguir de los Scheiks de la mezquita de Jemil-Azar una declaracion en favor de los Franceses porque equivalia á una bula del papa para los cristianos. Para este despliegó Bonaparte toda su habilidad y lo consiguió completamente pues los grandes Scheiks hicieron la deseada declaracion y persuadieron á los Egipcios á cometerse al enviado de Dios que respetaba al profeta y venia á vengar á sus hijos de la tirania de los Mamelucos. Estableció Bonaparte un divan en el Cairo, como habia hecho en Alejandria compuesto de los principales Scheiks y de los habitantes mas notables. Este divan ó consejo municipal debia ayudarle á conquistar el ánimo de los Egipcios consultándole y haciéndole que le instruyese de todos los pormenores de la administracion interior. Quedó convenido en que habian de establecerse en todas las provincias consejos semejantes y que estos enviarian sus diputados al del Cairo el cual quedaria convertido en gran consejo nacional.

Resolvió Bonaparte que continuara distribuyéndose la justicia por los Cadis y consiguiente á su proyecto de suceder en los derechos de los Mamelucos secuestró sus propiedades y mandó continuar en provecho del ejército frances el cobro de los derechos que ya estaban establecidos. Pero para eso era necesario tener los Coptos á su devo-